



NICO BONDER

ANÉCDOTAS INFANTILES

CUENTOS QUE REVELAN UNA VIDA

ÍNDICE

MIEDOS

LA INDEPENDENCIA

ANECDOTAS INFANTILES

DELINCUENCIA JUVENIL

SANTA CARMELA

PUERTO LAVALLE

FIN DE LA INFANCIA

MIEDOS

A los 6 años fui caminando solo desde la escuela hasta mi casa, por primera vez. No fue porque me habían dado permiso o porque quisiera andar solo por las calles de la ciudad, sino porque se olvidaron de mí.

Hacía unos meses que se había instalado a 2 casas de la nuestra una familia de Buenos Aires. Leo tenía mi misma edad y nos hicimos amigos rápido. La madre era maestra y había conseguido trabajo en la escuela a dónde íbamos con Leo. Yo iba a primero A y él al B.

Después de unos meses la madre de Leo habló con mi mamá y le ofreció llevarme todas las mañanas a la escuela. A mis viejos les convenía, porque como tenían que llevar a mis hermanos a otro colegio más temprano y después irse a trabajar al hospital, mi escuela y su horario les quedaban a trasmano. Así que mi vieja aceptó la oferta.

Leo era más de jugar con muñecos, de gritar cada golpe al estilo de las viejas series de Batman y yo era más de jugar todo el día con la pelota. A él lo cargaban por ser porteño y yo a esa edad era

bastante maldito, así que no nos llevábamos perfecto, pero éramos buenos amigos y nos gustó la idea de viajar todos los días juntos. A mí me entusiasmaba ir en el auto de ellos. Era un Chevrolet viejo y gigante. Yo podría haberme acostado en el asiento trasero y me hubiera sobrado un montón de espacio. Mis viejos tenían un Ford Sierra nuevo, entonces viajar en el de Leo me parecía que era como salir de aventuras en un barco, saltaba al asiento trasero y miraba todo el espacio que había a mi alrededor y eso solo ya me divertía y el ruido del motor hacía que sintiera que no estaba en un auto, si no en alguna otra máquina mucho más poderosa. Además el padre era gracioso y puteaba como porteño, eso me hacía reír.

Yo nunca había estado solo a más de 3 o 4 cuadras de mi casa. Cuando mucho iba a comprar pan o leche al kiosco de los Holzer que quedaba a la vuelta. Sabía que la escuela quedaba mucho más lejos, no tenía idea de cuánto iba a demorar en llegar, no tenía referencias porque siempre había ido en auto. En realidad eran apenas 10 cuadras de distancia.

Después de buscar el auto de Leo y no verlo por ningún lado, me metí de nuevo en la escuela, recorrí los pasillos altos que estaban completamente vacíos, me fijé en las aulas y en la dirección y por ningún lado encontré a la madre de Leo, así que me di cuenta que se

habían ido sin mí. Yo sabía que con el auto siempre agarrábamos la calle del costado de la escuela y le dábamos derecho hasta la calle a donde están las vías. Claro que en ese momento no tenía tan claro como era el mapa que debía seguir, pero pensé que no tenía más remedio que seguir mi instinto y empecé a caminar.

Siempre me pregunté si hubiera cambiado algo si no me hubiera enfermado el día anterior. Como me había levantado descompuesto no fui a clases y el día de la historia me llevaron mis viejos a la escuela y me dijeron que le avisara a la mamá de Leo que a la vuelta iba con ellos. No recuerdo bien como fue la confusión, no sé si yo le avisé a Leo en lugar de a la madre y él se olvidó o si yo no le avisé a nadie o si avisé pero no se acordaron.

Llegué a la esquina de la calle 10 y empecé a caminar, no tenía que parar hasta ver las verjas blancas que siempre bordearon las vías. Avanzaba con mis pasos cortos pero rápidos, la mano agarrando fuerte la mochila que caía pesada sobre la espalda. Pasé por enfrente de la catedral y recordé la extraña sensación de paz y miedo que había tenido cuando nos llevaron en excursión en el jardín. La estatua de Jesús tenía algo de bondad, pero estaba rodeada de luces salidas de películas de terror y el silencio que reinaba en un edificio tan grande me habían dado la impresión de que algo siniestro podía aparecer desde cualquier rincón.

Al pasar por las puertas me quede un par de segundos mirando, hasta que el fresco que salía me llegó y me dio un escalofrío. Entonces retomé mi caminata mirando hacia arriba. Hipnotizado por el tamaño del edificio doblé bordeándolo, miraba sus paredes rugosas y exageradamente altas y seguí caminando. Cuando desperté entendí que había soltado línea recta en la que me debía mover. Incrementó entonces el miedo de perderme, pero pensé que si en la siguiente esquina volvía a doblar y me encaminaba hacia las vías, sería lo mismo. Así lo hice y sentí alivio al reconocer un cartel, era señal de que me estaba acercando. Cada vez que cruzaba un adulto, agachaba la cabeza y aceleraba. La típica frase no hables con extraños iba clavada en mi frente, pero del lado de adentro.

En el camino encontré el lugar donde había funcionado la guardería a la que me llevaban cuando era chico. Cada vez que atravesaba ese lugar tenía un solo recuerdo. Dos chicos más grandes me amenazaban con matarme y tirarme a una parrilla. No recuerdo el orden de la amenaza, pero la parrilla y la muerte estaban incluidas. La sensación de miedo dentro del pecho al cruzar por esa vereda la tuve hasta bastante grande.

Por fin apareció la calle de la vía. Antes de alcanzarla tenía que pasar por unos negocios que tenían las veredas repletas de motos y se veía mucha gente entrando y saliendo. ¿Qué pasa si uno me agarra y me lleva? ¿Cómo se van a poner mis papás? ¿Qué me van

a hacer? A pesar del miedo no corrí, pero solo porque pensé que eso llamaría demasiado la atención y podía ponerme en más peligro.

Llegué a la esquina de las vías y doblé. Ya estaba en terreno conocido. Podía recordar todos los carteles, ya sabía leer algunos. Cuando llegué a la clínica que estaba por esa calle vi a dos hombres hablando demasiado cerca uno del otro. El que me daba la espalda tenía la mano en el bolsillo del saco del que estaba al frente. Me resultó tan extraña la escena que me frené a mirar qué hacían. Treinta segundos después se separaron y al que no le podía ver la cara soltó lo que tenía en la mano dentro de un maletín. Con el otro nos miramos a los ojos y después de unos segundos me increpó: ¿Qué mirás pendejo? Esta vez sí corrí y pasé por al lado de ellos y él trotó mientras me insultaba. Después de varios metros miré para atrás y vi que había frenado pero me miraba, amagó con empezar a correr y yo volví a acelerar y no paré de correr hasta llegar a la esquina de mi casa. Nadie me perseguía, así que seguí caminando, no quería llegar tan agitado, no quería tener que dar muchas explicaciones.

Algunos meses después volví a pasar por la clínica esa y estaba el mismo tipo afuera. Yo iba con mi mamá, lo reconocí de inmediato y le tomé más fuerte la mano a mi vieja. Creo que él también me reconoció, porque me siguió con la mirada todo el tiempo que estuvo dentro de mi rango visual. Creo que no parpadeó en ningún

momento, y casi al final me hizo señas de que me quedara callado. Aparté la vista y caminé mirando el piso hasta llegar a casa.

Después de doblar en la esquina de casa, el día que me olvidaron en la escuela, caminé lento para recuperar el aliento. Cuando llegué golpeé el portón y me abrió mi hermano. Cuando me vio mi mamá me preguntó ¿En qué viniste vos? Caminando, le respondí y me largué a llorar.

¿Por qué llorás? Me preguntaron y dije que de contento, porque había sabido cómo llegar solo. Todos, incluso yo, sabíamos que no era verdad, pero nadie me dijo nada. Mi mamá me dio un abrazo y me dijo que me lavara las manos que me estaban esperando para comer.